

Jean-Baptiste despertó en una habitación oscura. No recordaba nada de lo que había ocurrido, ni siquiera sabía muy bien quién era. Se sentía vacío, solo. Se levantó a duras penas y consiguió salir de la habitación. Ahora, se encontraba en un pasillo que parecía infinito, de paredes grises y deprimentes. Esas paredes le recordaron a su propia vida, vacía y mediocre. De repente, sintió algo rozando sus piernas, algo suave y confortable, pero a la vez oscuro y terrible. Bajó la vista hacia el suelo y lanzó una exclamación de temor. Allí, sobre el suelo de ese inmenso pasillo, se extendía una larga serpiente de color negro, casi de dos metros. No tenía escamas, más bien su piel se asemejaba al terciopelo, y sus ojos eran dos hermosos rubíes relampagueantes.

Jean- Baptiste retrocedió, temeroso de aquel extraño animal, mas la serpiente no le atacó, simplemente se limitó a sonreír.

– Bienvenido, Jean-Baptiste – dijo enseñando su lengua bífida, la cual parecía hecha de regaliz rojo.

– ¿Quién eres tú? ¿Qué eres?

La serpiente siseó y volvió a sonreír, mostrando sus largos colmillos, seguramente cargados de letal veneno.

– Yo soy tú, Jean-Baptiste. Soy tu conciencia, tu alma, por así decirlo. Me llamo Gabrielle.

El hombre miró a aquel animal, desconcertado. ¿Desde cuándo las serpientes podían hablar? Es más, ¿desde cuándo una serpiente podía tener la piel de terciopelo y los ojos de rubíes? Estas eran preguntas a las que no encontraba un razonamiento lógico, y dudaba de que existiera alguno.

– ¿Dónde estoy? – consiguió preguntar Jean-Baptiste – Estoy soñando,

¿verdad?

– Dime, ¿cómo sabes que lo que tú consideras vida no es un sueño? ¿Cómo puedes saber si estás despierto o dormido? ¿Qué diferencia hay?

Jean-Baptiste no sabía qué contestar, no tenía respuestas para aquellas obsesivas preguntas. No sabía a qué se refería Gabrielle, ni tampoco quería saberlo. Lo único que deseaba era salir de aquel mundo aberrante en el que se encontraba.

– Sácame de aquí, por favor.

– ¿Eso es lo que quieres? ¿Salir de aquí? Yo te ayudaré a salir, tranquilo. Pero antes, deberás elegir la salida que más te convenga, ¿no es así?

– ¿Qué quieres decir?

– Quiero decir, que este mundo tiene dos vías de escape. Dos salidas, diferentes a cada manera de ver. Distintas para cada persona. Unos desean la primera, otros anhelan la segunda. Mas, ¿cuál es la que tú ansías realmente?

– Quiero volver a mi vida. Quiero despertar de esta horrible pesadilla.

– Sigues sin aclararte.

Jean-Baptiste empezaba a enfadarse, y mucho. Aquella maldita serpiente no sabía hacer más que preguntas estúpidas, mientras que no daba ninguna respuesta. Decidió salir de allí por su propio pie, pero, aún así, la serpiente siguió reptando tras él.

El hombre recorrió el pasillo, y poco a poco, vio que se acercaba a una luz.

Entonces, comenzó a ver puertas a los lados del pasillo. Unas estaban decoradas maravillosamente, con relieves que mostraban niños, soles, ángeles...; otras eran austeras y grises, como el propio pasillo; y las otras eran negras, oscuras y también con relieves, pero no precisamente

alegres. En estas últimas puertas estaban talladas figuras de ánimas lamentándose, de demonios, de monstruos horribles..., además, tras esas puertas se oían gritos, lloros y risas malévolas, todo mezclado formando un sonido terrible. Jean-Baptiste intentó no fijarse en aquellas puertas, pero la curiosidad le asaltó.

– ¿Qué hay tras esas puertas? – le preguntó a Gabrielle.

– Recuerdos, vidas y almas capturadas en estados de ánimo distintos. Unas contienen la alegría, la felicidad y el amor; otras no son más que vacío y monotonía, frialdad absoluta; mientras que las otras...

La serpiente calló, y siseó por lo bajo. Jean-Baptiste esperó a que respondiera.

– Las otras son odio, sufrimiento y muerte. Se les podría llamar maldad, mas no sería un término exacto. Hoy en día, pocos saben diferenciar lo bueno de lo malo. Las apariencias engañan, y en un mundo gobernado por la falacia y la hipocresía, ¿de quién puedes fiarte?

Él dirigió su vista hacia el suelo, comprendiendo por una vez, las palabras de la sabia serpiente.

– Ven conmigo, te enseñaré a qué me refiero.

Jean-Baptiste la siguió, con una gran curiosidad. Gabrielle reptó hacia una puerta negra, tras la cual se oían unos horribles gritos, seguidos de sollozos.

– Ábrela.

Él obedeció. Giró el pomo y abrió con cuidado la puerta. Lo que vio le dejó sin palabras. No había ninguna habitación, sólo existía el caos y la destrucción dentro de aquel lugar que se extendía hasta donde la vista no

alcanzaba a ver. Jean-Baptiste sintió congoja en su corazón, dolor en su alma. Había muchos seres en ese sitio, pero ninguno destacaba tanto como la nube negra que se deslizaba, arrasando todo lo que encontraba a su paso.

– ¿Ves esa nube? Es la ira. Es caos, desorden, muerte. Y es algo que habita en cada ser humano. Unos pueden tener puertas más resistentes para contenerla; otros no pueden detenerla; mientras que algunos, le abren ellos mismos la puerta para que salga.

– Pero, ¿cómo algo de esa magnitud puede caber en la mente humana?

– Los seres humanos creéis que la mente sólo es cuanto abarca vuestro cerebro, y estáis equivocados. La mente de una persona, sus pensamientos, miedos, anhelos..., son cosas que no tienen ni principio ni fin.

– ¿Dónde me encuentro? – preguntó Jean-Baptiste.

– Estás en ese lugar tan poco conocido por ti y, sin embargo, tan necesario para tu existencia como lo es el aire que respiras. Estás en ese gran museo que sólo visitas cuando tus párpados caen rendidos al cansancio, y del que poco o nada recuerdas cuando vuelves a abrir los ojos. Los científicos lo llaman subconsciente, yo lo llamo Santuario.

– ¿Quieres decir que estoy dentro de mi propia cabeza, en mi mente?

– Llámalo como quieras.

Jean-Baptiste no encontraba una respuesta lógica a todo eso. ¿Qué era lo que había pasado para que se hallara allí? Intentó recordar lo último que había pasado antes de despertar en aquel lugar. Al principio, sólo vio fragmentos de algo, un recuerdo borroso. Más tarde, lo recordó todo detalladamente. Él estaba allí porque había querido salir de su vida. Aquel lugar no era más que un tránsito, una estación donde esperar el tren que debía coger. El tren

que quería coger.

Gabrielle lo miró y le preguntó:

– ¿Sabes ahora por dónde quieres salir?

Más tarde, en otro mundo lejano, un hombre escribía en su despacho. Se podía ver en la pantalla del ordenador un informe médico.

Jean-Baptiste Jéunit

Muerte por sobredosis de heroína